

Como cada mañana



Luis Quiñones Hernández

Abro los ojos. Estoy muy cansado. Me levanto temprano, como cada mañana. Siento como si hubiera tenido una pesadilla; no recuerdo nada, solo tengo la sensación de que tenía que ver con un espejo.

Me alisto para ir a dar clases a la universidad. Me doy una ducha y me arreglo lo mejor que puedo, pero desde que se rompió el espejo del baño, no le doy mucha importancia a mi peinado. En fin, para el poco cabello que me queda, no creo que nadie se dé cuenta.

Prendo la radio que he tenido desde que yo mismo era estudiante. Aún suena perfectamente, tan clara como el primer día, pero está tan vieja que ya casi no le funciona ningún botón; con trabajo puedo sintonizar alguna estación. Por suerte, siempre la tengo en el noticiero. Después de tantos años, sigue siendo mi forma favorita de escuchar las noticias.

Últimamente, siento que el locutor cambia casi cada semana. Además, fuera de las tragedias que ocurren a diario, a veces parece que solo balbucean, y no entiendo una palabra de lo que dicen. A mi edad, es imposible estar al día con las modas y el nombre de las nuevas estrellas de cine, así que no le doy mucha importancia.

Mientras escucho las noticias, me propongo preparar un pan tostado. Últimamente, la tecnología ha avanzado tanto que, a mi edad, ya no tengo ganas de aprender cómo funciona la tostadora con tantos botones y modos. Por eso pongo el pan en una sartén sobre la estufa hasta que agarra un color café claro, justo como me gusta.

Comienzo por hervir un poco de agua para prepararme un café, cuando me doy cuenta de la hora. Ya se me está haciendo tarde;

últimamente, el tiempo se me va volando. Por mucho que me desagrade la tecnología, hoy es el día perfecto para utilizarla y hacerme un café. Sin embargo, parece casi un rompecabezas. ¿Dónde demonios va el café? ¿Por qué hay tantos compartimientos? ¿Habrá que apretar algún botón para encontrar el compartimiento correcto?

Después de un rato, por fin lo comprendo: hay un compartimiento para el agua y otro para el café. No es tan difícil. Pongo unas cucharadas de mi café favorito en la cafetera, lleno el compartimiento de agua y espero... pero no pasa nada.

—¿Pero qué demonios es esto? —murmuro, frustrado.

Se supone que esta basura debería hacer el café de manera más fácil y rápida, pero me está quitando más tiempo del que debería ahorrarme. Enojado, comienzo a apretar todos los botones para ver si alguno funciona. Intento presionarlos de distintas formas, pero nada.

De pronto, una presión en la espalda me pone inquieto, como si alguien estuviera observándome y burlándose de mí. No volteo. Quienquiera que sea, debe estar divirtiéndose al ver a un viejo pelear con la tecnología. Le doy vueltas a la máquina, buscando algo que me ayude a entenderla, pero no encuentro nada. Mientras tanto, la sensación de ser observado crece en mí. Quizá la persona no se esté burlando; tal vez solo quiera ayudar.

Finalmente, decido voltear para preguntar, pero no hay nadie. Solo la ventana vacía.

No sé en qué estaba pensando. Esa ventana ni siquiera da al exterior; solo conduce

a un pequeño lavadero al que solo se puede entrar por la puerta de la sala.

Sacudo la cabeza y vuelvo a intentar hacerme un café. Este pequeño desliz me hace notar que todo este tiempo la cafetera estaba desconectada. Me siento como un tonto. La conecto, la enciendo y, riéndome un poco de mí mismo, pienso: Ha pasado tanto tiempo que ni siquiera recuerdo la última vez que usé este aparato, así que es normal que esté desconectada.

Después de unos pocos minutos, hay suficiente café para una taza. No tengo tiempo de averiguar cómo apagar la cafetera, así que simplemente la desconecto.

Sin más, como mi pan y tomo mi café. No está tan mal. Quizá mañana empiece a usar más esta cafetera.

Después de desayunar, tomo mis cosas y me siento en el sillón un rato, esperando a que den las 7:40. Después de tantos años, ya sé que, si salgo exactamente a esa hora, llegaré justo a tiempo, incluso si surge algún imprevisto.

Pero hoy, el reloj parecía no avanzar.

De pronto, escucho un grito. Al principio, me sobresalto, pero, al prestar atención, me doy cuenta de que es solo el señor del gas que pasa todas las mañanas alrededor de las ocho.

Demonios.

El maldito reloj de la sala debe haberse quedado sin batería. ¿Cómo no me di cuenta antes? Salgo corriendo, intentando no exaltarme. No pasa nada. Aún puedo llegar a tiempo si camino a buen paso.

Cuando llego al metro, ocurre lo peor: mi boleto no funciona. Intento comprar otro, pero la persona de la ventanilla me dice que ahora todos los accesos han sido cambiados para funcionar con tarjeta. Otra vez, la tecnología juega en mi contra.

El sujeto de la ventanilla me sugiere que hable con el policía. Voy con él y le explico mi problema con el boleto. Me mira con una expresión extrañada, y luego se ríe. Al final, me deja entrar. Dice que los ancianos pueden pasar gratis, como cada mañana.

Abordo el tren y me siento en uno de los muchos lugares disponibles. Quizá debería conseguir una de esas tarjetas pronto. Está bien que me dejen pasar gratis, pero aún me da un poco de vergüenza. Aunque, para ser justos, tengo la fortuna de ir siempre en contraflujo de la mayoría de las personas, así que no hay mucha gente que me vea.

Mientras reflexiono, el tren se detiene en una estación. Apenas subí hace un momento, por lo que no puede ser esta donde debo bajarme. Sin embargo, vuelvo a sentir esa presión en la espalda, como si alguien me estuviera observando. Pienso que tal vez sea solo una sensación provocada por creer, equivocadamente, que esta es mi estación, así que no le doy importancia.

El tren permanece detenido más tiempo del habitual, y esa sensación de ser observado no hace más que intensificarse.

Al diablo con mi orgullo, pienso, y alzo un poco la mirada para ver el nombre de la estación...

Pero, de repente, un escalofrío recorre todo mi cuerpo y me deja paralizado.

Lo veo con el rabillo del ojo: hay alguien allí. Al otro lado de la ventana del tren, alguien me está mirando.

Bajo la mirada de inmediato, pero puedo sentir perfectamente su mirada fija, penetrante, perforándome la nuca. No tengo el valor de levantar la cabeza. Ni siquiera pude distinguir quién era, ni un solo rasgo de su rostro. Solo la certeza de que alguien me observaba.

Mi corazón comienza a latir con fuerza, y el escalofrío inicial se transforma en un sudor frío que me empapa la espalda.

—¿Qué demonios pasa? —murmuro para mí.

¿Por qué el tren está detenido tanto tiempo? Miro hacia los lados, pero estoy solo en este vagón. Nadie más está aquí.

"Debe ser un loco", pienso. Mientras no entre al vagón, todo estará bien.

Cierro los ojos un instante para intentar calmarme, pero entonces lo escucho: alguien entra rápidamente al vagón, seguido de un estruendo.

Abro los ojos, sobresaltado.

El estruendo solo fue el sonido de las puertas cerrándose, y la persona que entró es una joven pálida, de cabello rojo, que corrió para alcanzar el tren.

Suspiro, aliviado.

Fue una experiencia aterradora, pero hay tantos locos en el metro que probablemente no debí haberle dado tanta importancia.

Cuando el tren se detiene de nuevo, veo que ahora sí es mi estación. Me siento aliviado. No sé qué haría si tuviera que regresar a la estación donde vi a ese loco.

Al llegar a la escuela, camino hacia el edificio donde está mi oficina. Es el edificio con más pisos de toda la universidad, pero, por suerte, mi oficina está en el segundo piso, así que no tengo que subir muchas escaleras. Nunca me ha gustado usar el elevador; además, sin importar lo que digan, seguiré usando mis piernas mientras pueda.

Voy a la misma oficina de siempre: la segunda puerta, tomando el pasillo izquierdo después de subir las escaleras. Intento meter la llave, pero entonces me doy cuenta de algo extraño. El cerrojo no solo se ve diferente, sino que no tiene el orificio para la llave.

—¿Cómo demonios se abre esto? —murmuro, confundido.

Hay una serie de botones con números, como esas cerraduras modernas que funcionan con una contraseña. Pero... ¿quién demonios le puso esto a mi puerta? No tiene sentido. Al alzar la vista para revisar la placa de la puerta, la respuesta me golpea: ese no es mi nombre.

De hecho, ni siquiera es un nombre que reconozca.

De inmediato, pienso que me he equivocado de piso. No sé cómo puedo estar tan distraído hoy, pero supongo que no ha sido mi mejor día. Ahora tengo un dilema: aunque el edificio no sea un rascacielos, no entiendo por qué no ponen un letrero indicando el número de cada piso.

Bueno, pienso, si estoy equivocado, seguramente subí solo un piso de más. Decido subir al siguiente. A medida que avanzo, los escalones se vuelven cada vez más pesados. Son las cosas que vienen con la edad, me digo.

Pero al llegar a la puerta que debería ser la mía, me detengo.

No hay oficina. Solo un pequeño armario de limpieza.

—No puede ser —susurro—. ¿Esto significa que estoy en el cuarto piso? ¿O qué demonios está pasando?

Frustrado, comienzo a caminar por los pasillos en busca de alguien a quien preguntar. Sin embargo, no veo a nadie.

Eso me resulta muy extraño.

Camino y camino, intentando calmarme. A medida que avanzo, los pasillos se sienten interminables. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que recorrí todo el edificio... probablemente no lo hago desde que me asignaron una oficina aquí.

Una mezcla de nostalgia y asombro me invade. Estos pasillos, tan familiares y, a la vez, tan lejanos en mis recuerdos, despiertan sensaciones olvidadas. Pero esa nostalgia pronto se convierte en algo más pesado, algo oscuro.

No sé cuánto tiempo llevo caminando, pero los pasillos comienzan a volverse cada vez más laberínticos.

Apuro el paso, intentando llegar a algún lugar familiar. Mi corazón late más rápido con cada giro.

Entonces, me detengo en seco.

Una ventana.

Quizá, si me asomo, pueda ubicarme mejor y salir de esta pesadilla. Me acerco lentamente.

Y mi corazón se detiene por un instante.

Ahí está de nuevo. El hombre del metro.

Lo ignoré, pensando que era un loco cualquiera. Pero ahora está aquí, mirándome desde el otro lado del cristal.

¿Me siguió hasta la escuela? ¿Qué hice para provocarlo?

El pánico me consume. Sin pensarlo, giro sobre mis talones y salgo corriendo por el único pasillo disponible. No sabía que podía correr tan rápido, pero no me importa: tengo que escapar de ese maldito.

Sé que me sigue. Lo escucho. Las pisadas resuenan detrás de mí, persiguiéndome.

A lo lejos, las puertas del elevador están abiertas.

Normalmente no lo uso, pero si intento bajar las escaleras y me caigo, estoy muerto.

Sin pensarlo dos veces, salto dentro del ascensor y comienzo a presionar todos los botones. Mis manos tiemblan mientras espero que algo suceda. Cierro los ojos, inmóvil, conteniendo la respiración.

Y entonces lo oigo: el sonido de las puertas cerrándose, seguido por el ligero movimiento del ascensor que comienza a bajar.

Una sensación de alivio me envuelve... pero solo por un momento.

Las puertas se abren otra vez.

El miedo me paraliza.

Claro, con tantos botones presionados, debe estar deteniéndose en cada piso. Pero no puedo abrir los ojos. No me atrevo.

Finalmente, las puertas se abren una última vez.

—¡Buenos días! —una voz fuerte y alegre rompe el silencio, haciéndome saltar del susto.

Abro los ojos de golpe.

Delante de mí hay un hombre joven con uniforme de cuidador. No lo reconozco. Debe ser nuevo.

—Ah, disculpe... voy tarde para dar clase —digo apresuradamente mientras salgo del elevador.

—¡No hay problema! —me responde con una sonrisa—. Por cierto, quería recordarle que la contraseña para su oficina es su mes y año de nacimiento. Ayer me pidió que se la recordara.

Lo miro, incrédulo.

¿Qué? ¿Mi oficina?

La vergüenza me cala hondo, pero no tengo más remedio que fingir. Con una sonrisa incómoda, le respondo:

—Bueno, mejor recuérdamela mañana también. Seguro la olvido otra vez.

El cuidador asiente, riendo.

—Claro que sí. No se preocupe. Como cada mañana.

Al final, me dirijo al salón de clases, el mismo que me asignan siempre para no tener que caminar mucho. Pero al llegar, veo que hay otro profesor dando clase.

Completamente extrañado, le pregunto si hubo algún cambio en los horarios.

El hombre también parece sorprendido y, tras dudar un momento, responde:

—Quizás hubo algún ajuste. Deberías verlo con el coordinador de horarios.

Le doy las gracias y me retiro.

Esto es suficiente.

Hoy ha sido un día demasiado largo. Me han pasado cosas raras, desconcertantes... y aterradoras.

Ya daré clase otro día. Los alumnos estarán encantados de tener un día libre.

Me voy de regreso al metro, enfadado y sumido en pensamientos. El camino se me hace cada vez más largo... no recordaba que fuera así. Un escalofrío me recorre la espalda.

Mi cerebro me dice que mire hacia atrás, pero mi cuerpo se mantiene inmóvil. Intento seguir caminando, pero la sensación de algo —o alguien— detrás de mí no deja de molestarme. Rápidamente, mientras cruzo la calle, miro por encima del hombro.

No hay nadie. Solo una calle vacía.

Respiro hondo y sigo caminando, esta vez apretando el paso, pero la ansiedad persiste, como un nudo en el estómago.

Cuando finalmente llego al metro, algo no está bien.

No reconozco la estación.

—¿Caminé demasiado? —me pregunto en voz baja.

No sentí que fuera una caminata tan larga, pero... iba muy distraído.

Entro a la estación. Claro, todavía tengo mi boleto, aunque sé que aquí probablemente no aceptan boletos. Me acerco a la ventanilla: compraré una tarjeta y aprovecharé para preguntar cómo llegar a una estación conocida.

Delante de mí hay una persona más.

Es una chica.

Tiene la piel pálida y un cabello rojo tan brillante que parece imposible ignorarlo. Está de espaldas, pero puedo ver su rostro reflejado en el vidrio de la ventanilla. Sus rasgos son delicados, exóticos. En México, una chica así no es algo que se vea todos los días.

Termina de cargar su tarjeta y se marcha.

Mientras la veo alejarse, un frío helado me recorre la espalda.

Ahí está otra vez.

Él.

El loco.

Está en la ventanilla.

Mi cuerpo entero se tensa. Mi respiración se vuelve pesada. ¿Qué le hice yo? ¿Por qué me acosa de esta manera?

Me quedo paralizado solo por un segundo, pero reúno fuerzas y salgo corriendo. Subo las escaleras tan rápido como puedo, buscando la salida para perderlo de vista de una vez por todas.

El aire frío me golpea cuando finalmente emerjo a la superficie.

Giro la cabeza de un lado a otro.

Nada.

No reconozco dónde estoy. Ni siquiera sé cómo llegué aquí.

Intento buscar a alguien que me ayude, pero no puedo moverme. El miedo me mantiene clavado en el suelo. A mi alrededor, la gente pasa rápidamente, ajena a mi pánico. Nadie me mira.

Tengo miedo.

No sé dónde estoy.

No sé por qué ese loco me persigue.

Pero lo que más me inquieta es la extraña certeza que se cuela en mi mente: esta situación... ya la viví antes.

No este lugar exacto. No estos detalles. Pero la sensación, la desesperación, el miedo... sí.

Cierro los ojos con fuerza. Intento calmarme.

No es real, me digo. No es real. Estoy seguro en casa. En mi cama. Durmiendo. Nada de esto está pasando...

Y de repente...

...Abro los ojos.

Estoy muy cansado. Me levanto temprano, como cada mañana.